



Niños de una guardería de Nankíng, en un columpio «colectivo».

LOS DIENTES DEL DRAGON

Las noticias que los dirigentes del partido comunista chino han dejado que se filtrasen al extranjero en las últimas semanas han inducido a los sinólogos más competentes a emitir una serie de hipótesis a menudo contradictorias. El 12 de septiembre de 1971, día en el que se dice que se estrelló el avión de Lin Piao, ¿qué tipo de conflicto ideológico o de poder se produjo en el vértice de la más populosa nación del globo? ¿Por qué a casi un año de distancia, y en vísperas de las celebraciones del Ejército Rojo, se insistió tanto en la fidelidad del Ejército al Partido, en su papel de milicia popular? ¿Por qué, finalmente, las esperadas sustituciones en el Politburó no han llegado a realizarse; por qué siguen sin ocupar tantos puestos clave del aparato y del Estado? Intentar un examen de las razones y errores de Lin Piao, el que había sido designado como sucesor de Mao incluso en la Constitución, resulta ciertamente prematuro. No obstante, se han perfilado últimamente dos tesis

distintas. Una de ellas ve en la oposición de Lin Piao un signo de las luchas en torno a la política exterior de China: "abrirse" a América o a Occidente o volver a aproximarse a los soviéticos, que, aun cuando estén considerados como "revisionistas", son a pesar de todo creadores de un Estado tendente al socialismo. La segunda tesis ve en la desaparición del delfín de Mao el epílogo de un dramático debate en torno a la estructura misma de la sociedad china, a la función y las relaciones recíprocas entre Ejército y partido y al papel que habrá de asumir la industria en un país que (a diferencia de la Rusia estalinista) no lo ha cifrado todo en el despegue técnico y en la productividad.

En medio de tantos análisis, sólo una cosa parece cierta, a saber: que también en la China el socialismo es una conquista difícil, dura; que no es un maná que caiga del cielo. También en la China la vía del socialismo tiene sus ramificaciones, que complican el recorrido: elegir el camino a

seguir implica choques ásperos y traumáticos en el vértice del poder. Siendo ésta la única certidumbre que cabe tener a la hora de interpretar los acontecimientos chinos, surge un nuevo interrogante: ¿cómo es que la mayor parte de los intelectuales italianos que han visitado hasta ahora Pekín han adoptado la misma actitud espiritual del peregrino que va a La Meca, y no se han traído de su viaje más que imágenes edificantes y acolchadas y figuras de santos para uso parroquial? Nos viene a la memoria un Romain Rolland, que en 1932 hizo un viaje a la URSS, visitó un par de asilos de infancia y volvió diciendo que allí había nacido el hombre nuevo. Pero los intelectuales de formación marxista disponen de un bagaje de conocimientos históricos e instrumentos críticos que Romain Rolland no poseía en 1932, pues su aproximación a la realidad soviética era de tipo deamiciiano (1). Los intelectuales mar-

xistas de hoy no pueden ser justificados como un Rolland. Y, sin embargo, casi todos ellos se han empeñado en distribuir entre sus lectores, a su regreso de China, imágenes idílicas que demuestran claramente que esos intelectuales no han sabido profundizar en la realidad política que latía tras la sonrisa del intérprete o tras el triunfalismo de los "slogans" oficiales.

Los dos temas del presente debate son precisamente éstos: ¿qué realidad puede descubrir en la China de hoy un viajero escrupuloso y atento? ¿Se puede seguir creyendo que la vía del socialismo es en China un camino llano y rectilíneo y no un gran drama histórico como son de hecho todas las revoluciones y como debe ser inevitablemente la de Mao? ¿No es más revolucionario encarar la realidad? Si hasta ahora casi nadie lo ha hecho, ¿debe significar esto que hay que seguir como hasta ahora? Hemos invitado a este debate a Michelangelo Antonioni, que ha realizado un largo documental en la

(1) De Edmundo de Amicis, autor de «Corazón».

LOS DIENTES DEL DRAGON



«La sociedad china —dice Antonioni— me ha producido la sensación de una mayor sencillez, de una mayor serenidad en las relaciones humanas».

China; a Alberto Moravia, que ha estado varias veces en ese país, y a Lino Jannuzzi, que visitó, hace unos meses, las principales ciudades chinas. Jannuzzi se ha encargado de coordinar el debate.

JANNUZZI.—Comencemos por Antonioni, que ha estado en China más recientemente que nosotros y que tal vez la haya observado desde un ángulo visual distinto. ¿Qué ha visto Antonioni en China que pueda haberle dado la impresión de un nuevo tipo de sociedad o de las dificultades de desarrollo de esta sociedad nueva, especialmente en las últimas semanas?

ANTONIONI.—Soy director de cine y como tal he adoptado frente a China una actitud distinta de la adoptada por los escritores que me habían precedido. He leído muchos de los libros de estos últimos y en todos ellos he encontrado interpretaciones sustancialmente distintas entre sí, y a veces, en mi opinión, bastante arbitrarias. Pero tal vez resulta inevitable cierta aproximación, pues cuando se dice que China es un país misterioso se repite un lugar común que, sin embargo, es cierto. Resulta difícil comprender a China si no se vive en el país unos cuantos años, cosa que ninguno de nosotros ha podido hacer. A diferencia de los escritores, yo no he tenido la pretensión de llegar a comprender la realidad china, sino que he tratado de ver solamente lo que esa realidad deja visible. Y esto yo lo he registrado en mi película. La verdad es que no he podido filmar todo lo que he visto: digamos, para ser optimistas, que he filmado, aproximadamente, la mitad.

«Sin embargo, la sociedad china me ha producido la impresión de una mayor sencillez, de una mayor serenidad en las relaciones humanas. Por ejemplo, se ven sólo pocos policías que dirigen el tráfico enfundados en sus chaquetas blancas, pero no se observa una presencia excesiva de policías, al menos en forma de Policía militar. Todos los barrios tienen sus representantes encargados de mantener el orden, y éstos son casi siempre mujeres; cada vez que sucede algo,

esos representantes hacen inmediatamente acto de presencia y mantienen efectivamente el orden. Las mujeres representantes son respetadas y escuchadas; representan al poder, pero con sencillez. Así uno tiene la impresión de que existe allí un mayor contacto con el pueblo en comparación con lo que ocurre en nuestro país, donde el mismo policía urbano es un hombre al que su uniforme le confiere un poder muchas veces excesivo. En otros países, la Policía, cualquier tipo de Policía, está automáticamente «contra» el ciudadano; además, en la China, al criminal se le trata de reeducar antes de condenarle.

J.—Pero, ¿es posible asistir a uno de estos procesos en los que se trata de vencer al criminal de lo equivocado de su conducta? ¿Es posible saber qué significa exactamente esa fórmula? ¿Ha asistido usted a algún debate de este tipo?

A.—Ni siquiera lo solicité. Mis posibilidades de elección no eran ilimitadas, aun cuando podía cambiar a menudo de programa y el intérprete me acompañaba sin poner dificultades.

MORAVIA.—En mi caso puedo decir que el intérprete llegaba al hotel sin saber a dónde había que ir. La comisión del hotel decidía por su cuenta, y entonces le comunicaba al intérprete: «Esta mañana el señor Moravia va a visitar una escuela». «Está bien, una escuela».

J.—En el pasado verano, cuando visité China, la presencia de los militares en los comités de fábrica y de barrio era mucho más evidente; el adoctrinamiento, más masivo de lo que ha visto Antonioni. Los lazos entre el ciudadano y las estructuras del Estado podían parecer, pues, de tipo libertario y opresivo, según los diferentes puntos de vista, pero mucho más intensos de lo que resultan hoy. Sin embargo, incluso entonces se apreciaba una contradicción entre toda aquella participación formal en la vida pública (resuelta en la mayoría de los casos en discusiones organizadas) y el conocimiento real de los problemas de fondo. Diría incluso que en la base se notaba cierta indiferencia: tal vez debida

a la falta de informaciones que no fuesen las transmitidas, de escalón en escalón y de arriba abajo, desde el aparato del partido hacia el pueblo. La contradicción es también ésta: en un país que está efectuando un gran salto histórico y que por lo tanto vive sobre todo de política, no se habla de los grandes temas políticos internos. Así el ciudadano chino no parece participar, como en un soviético ideal, en el gobierno de la vida del país. Por ejemplo, todavía no se sabe exactamente si Lin Piao vive o está muerto.

A.—Me parece que exageras. Es verdad que los chinos tienen sólo noticias parciales de lo que acontece en el exterior.

«Y de los sucesos internos no conoce más que lo que dice el periódico. Claro que tal vez esto contribuya a la serenidad de los chinos al sustraerles al bombardeo de tantas noticias catastróficas como nos llegan a nosotros de todas las partes del mundo. El punto esencial es, sin embargo, otro: las relaciones entre el ciudadano y el poder son distintas de como son entre nosotros, porque, de cualquier modo que se ejerza el poder, el ciudadano chino le otorgará siempre una inmensa confianza. Existe una actitud frente a la comunidad que me parece muy distinta de la occidental. El occidental pide a la comunidad cierto tipo de ayuda, dirigida egoístamente hacia sí mismo; pide que los servicios funcionen para poder usufructuarlos; todo debe funcionar bien para facilitarle a él la vida, para que no se atasque el mecanismo de sus hábitos. En China, por el contrario —según he entendido—, el individuo opera en el contexto de la comunidad y para la misma. Actúa en orden a facilitarles la vida a todos los miembros de esa comunidad, con lo que indirectamente se beneficia también a sí mismo.

«En los campos del centro de China he visto a campesinos tirando de carros increíblemente pesados: es un espectáculo muy frecuente. ¿Cómo es eso? Aparte de las razones técnicas existe también una razón de orden psicológico: ese individuo siente pesar sobre sí una fuerte responsabilidad relacionada con el transpor-



El occidental que va de visita a China

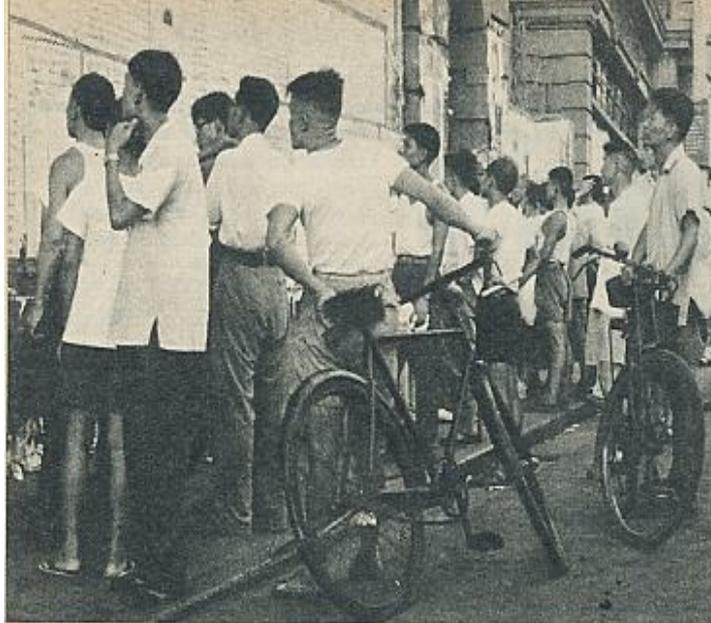
te del carro; responsabilidad que le hace tomar plena conciencia de lo que está haciendo, dueño de su propio trabajo.

J.—Es decir, el individuo se sacrifica en pro de la comunidad. ¿Comparte también Moravia esta impresión?

MORAVIA.—Lo que dice Antonioni del espíritu comunitario es justo. Es un fenómeno ligado a la revolución, es decir, al hecho de que ha habido una revolución muy importante y profunda que ha afectado a la totalidad de la población. Creo que también en la Unión Soviética se podía ver algo semejante y aún puede verse en determinadas circunstancias. Es esta una de las características de las revoluciones socialistas en sus orígenes: el espíritu comunitario prevalece sobre el individual. Por otro lado, sabemos que Mao considera el individualismo como la auténtica bestia negra.

«Por lo que se refiere al problema de la sociedad china y las relaciones de poder, indudablemente China representa una novedad en el mundo socialista con respecto a los modelos precedentes: respecto al modelo soviético y al de los demás países comunistas. Lenin dijo en cierta ocasión que la revolución era «comunismo más electrificación». Así en Rusia, y por razones históricas precisas, se dio prioridad absoluta a la productividad: «Hay que alcanzar y superar a los Estados Unidos», decía Stalin, y se inventaron los planes quinquenales y la revolución industrial a corto plazo. La prioridad de la sociedad sobre el hombre fue utilizada en la Unión Soviética (tal vez como medio y con buena fe) para conseguir un alto nivel de producción. En China, y no sólo por razones idealistas, sino también económicas, el maoísmo no ha querido seguir los pasos de la Unión Soviética.

«Allí se ha elegido una línea de desarrollo gradual, paralelo, de la industria y la agricultura, aunque se ha concedido prioridad en esta última. Sin embargo, recorrer este lentísimo camino significa para China un retorno parcial a su antiguo aislamiento; porque en un mundo como el nuestro, completamente industrializado, China se ve



trata de averiguar si la población se adhiere realmente a las directrices del poder o si, por el contrario, manifiesta descontento.

obligada a mantener ciertas distancias a fin de conservar el ritmo necesario para el desarrollo de determinadas ideas y situaciones propias.

Ha triunfado un pequeño grupo

Sin embargo, el mundo exterior apremia con su realidad, debido a lo cual pueden producirse aparentes contradicciones. Por ejemplo, las investigaciones que realizan los chinos en el terreno de la tecnología más avanzada: la electrónica, la de misiles, las armas atómicas. Se perfilan cambios y planificaciones que actualmente no podemos ni siquiera imaginar. Y probablemente el reciente conflicto se refiera al lanzamiento del nuevo plan y a la elección de prioridades.

J.—¿Se ha ahorrado China las incomodidades de la dictadura al renunciar a la vía de la industrialización forzada? ¿Son distintas las relaciones entre los ciudadanos y el poder de lo que eran en la Unión Soviética en la época de Stalin?

M.—Se han ahorrado cierto tipo de dictadura; no me refiero a la dictadura del proletariado o la del partido. Los chinos no han negado jamás estar viviendo en un régimen de dictadura, la famosa dictadura del proletariado, que es siempre, a fin de cuentas, la dictadura de alguien. Pero la novedad en la elección de las relaciones de producción significa también una relación política, una relación humana nuevas. No es la planificación tiránica que se traduce en un aplastamiento total del campo en favor de la industria. En las relaciones de producción establecidas en los distintos países socialistas, la trama de relaciones puede ser coactada o basada en el consenso, según las diversas alternativas económicas.

J.—En las comunas, en las escuelas, en las fábricas que yo visité lo mismo en Shanghai que en Pekín, tuve en todo momento la impresión de que el poder revolucionario era, respecto a la población, una entidad lejana y misteriosa. Y no se trata tanto de un problema de mentalidades, de una mentalidad occidental contrapuesta a otra

oriental. Todas las decisiones entre alternativas (ciudad o campo, industria o agricultura, aislamiento o apertura, etcétera) son tomadas siempre por el grupo dirigente. Esas decisiones son explicadas sólo «a posteriori». En tales circunstancias, las decisiones podrían ser revocadas no diré en un segundo, pero sí en cuestión de meses, sin que el pueblo se entere de nada.

El episodio de Lin Piao, incluso despojado de sus rocambolescas ilusiones, demuestra precisamente que se ha librado una batalla en torno al camino a seguir en el futuro, que un pequeño grupo triunfó y otro perdió, naturalmente, y que todo ello se ha producido al margen de toda estructura representativa popular. El Parlamento no se reúne desde hace ya dos años, y el Congreso del Partido, desde hace siete; al Comité Central le faltan la mitad de sus miembros. En el escalafón más alto del poder sólo quedan dos hombres: uno tiene setenta y cuatro años, y el otro, más de ochenta. ¿Qué ocurrirá dentro de unos años o tal vez de unos meses?

A.—No creo que en nuestro país, y a pesar de nuestro sistema parlamentario, las cosas sean de otro modo. En lugar de dos personas en la cumbre del poder tenemos a toda una clase dirigente, pero nadie negará que esta clase hace lo que le da la gana. Existe, eso sí, una diferencia: que en nuestro país la clase dirigente se preocupa sobre todo de sus propios intereses, mientras que no veo qué intereses privados puedan tener los dirigentes chinos desde el momento en que la propiedad privada no existe. En cuanto al consentimiento otorgado por confianza, por abnegación comunitaria, difícil juzgarlo desde aquí. Desde un país en que prácticamente nunca se solicita ese consenso popular si no es cada cuatro años a través de las elecciones.

J.—Durante el periodo de la revolución cultural, Shanghai solicitó y obtuvo, aunque por breve tiempo, una participación en el poder como no la había tenido hasta entonces ni la ha vuelto a tener. Los expertos parecen de acuerdo en que el Ejército hubo de intervenir en la comuna de Shanghai du-



En medio de tantos análisis, sólo una cosa parece cierta: que el socialismo, también en China, es una conquista difícil, dura y no un maná que cae del cielo.

rante la fase de crecimiento y de resaca de la revolución cultural para frenar sus ímpetus. Los hombres que habían querido saber más, contar más, hacer llegar hasta la cumbre las opiniones de los habitantes de una gran urbe, fueron eliminados y tal vez estén todavía sufriendo un proceso de reeducación. Eso significa que hay una necesidad de participación. En estas situaciones dramáticas se puede tratar de averiguar si la población se adhiere a las directrices del poder o si, por el contrario, manifiesta descontento. Es inútil andar casa por casa recogiendo sonrisas y gentilezas.

M.—Creo que existe en la revolución china una coherencia debida precisamente a Mao Tse-Tung. No la coherencia de la dictadura personal, sino la coherencia de un pensamiento político: flexible, pragmático, pero bastante lógico. Podrán suceder muchas cosas, pero no lo opuesto a la actual tendencia de fondo. Y creo que en torno a este punto existe cierto consenso general.

La liturgia del poder

J.—Tal vez sea este el momento de pasar a la segunda parte de nuestro debate. ¿Cómo es que los intelectuales marxistas italianos no han advertido esas dificultades inherentes al crecimiento de la sociedad china? ¿Por qué los que han visitado ese país en el transcurso de los diez últimos años han vuelto diciendo que la gestión del poder emanaba de abajo? Agueridos críticamente en Francia o en la Unión Soviética, tan pronto como llegaban a Pekín bajaban la guardia.

M.—Muchos socialistas y comunistas se sentían abrumados por las declaraciones de Nikita Kruschef en el vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. La polémica contra el marxismo se había visto reforzada por la denuncia del estalinismo dentro de la Unión Soviética; el maoísmo, que era una versión nueva y distinta del comunismo, volvió a alimentar las esperanzas. Imaginémosnos a alguien que ha depositado todas sus esperanzas en el marxismo: hoy asiste al desarrollo del

maoísmo, del que piensa que puede ser el auténtico humanismo socialista. Es natural, que el entusiasmo prevalezca sobre la crítica.

J.—Indudablemente, este componente, que podríamos calificar de renovación de la esperanza, existe sobre todo en los más comprometidos políticamente, que son las más de las veces esos mismos intelectuales marxistas que habían incubado una polémica sorda con la Unión Soviética. ¡Qué más exaltante para esos intelectuales que encontrarse con que un gran sabio, la cabeza de setecientos millones de hombres, decía en voz alta las mismas cosas que ellos habían estado pensando y murmurando en sus respectivos países! Así se comprende que se aceptase a China en bloque, desde Mao hasta el último hombre de Shanghai. ¡Y los réprobos, todos en Formosa, como en un campo de castigo espiritual! Ha habido, pues, una especie de identificación acrítica por parte de los intelectuales italianos con el pensamiento de Mao.

M.—Los chinos no tienen tanto una religión propia cuanto una serie de grandes figuras hacia las que sienten un fervor casi de tipo religioso. Ahora bien, Mao es un personaje fundamental, como lo fue en su tiempo Confucio: es el héroe fundador de la nueva China, el elemento unificador en medio de las luchas y contrastes. Es natural, pues, que esa sensación haya contagiado a nuestros viajeros.

A.—El nombre de Mao se pronuncia sólo raramente y siempre con enorme respeto. Muchas veces, cuando yo lo pronunciaba, la gente me miraba con extrañeza, como si utilizase ese nombre en vano o como si mi tono de voz al nombrarlo no fuese suficientemente vano. En una palabra, me miraban con sospecha. Dice justamente Moravia que se trata de una moderna forma de culto. La historia de la China comienza con Mao: «Si quieres encontrar hombres con estilo, hombres de ingenio/dirige tu mirada hacia nuestro tiempo». Son éstos versos de un poema de Mao.

M.—En la Unión Soviética se aprecia un fenómeno similar: de Stalin puede decirse todo; de Lenin, no. El Museo de Lenin, en Tashkent, es como una iglesia.